

EDITORIAL:

AMERICA LATINA: INTEGRACIÓN Y NACIONALISMO

Una de las principales razones que explica los fracasos que se han producido en la integración en América Latina es, seguramente, el fuerte componente nacional de los Estados que se ha embarcado en esquemas de integración y, por lo tanto, la ausencia de voluntad política a la hora de transferir competencias soberanas a órganos de carácter supranacional. No se trata, ni tan siquiera, de la defensa a ultranza de los intereses nacionales sino de un aspecto más de carácter psicológico que hace que los Estados de la región se aferren inconscientemente a que el Estado no pierda competencia alguna. Es probable que América en su conjunto tenga elementos más nacionalistas, incluso, que los que se producen en otras regiones del planeta. Por lo menos, el tradicional discurso nítidamente integracionista de los líderes latinoamericanos no se corresponde con la realidad hasta el punto de que se confunde, seguro que, con intención, la cooperación y la integración. El alma de la integración en la región latinoamericana siempre choca con la falta de voluntad de una integración real y efectiva. Detrás de todo ello hay muchos factores, con toda seguridad, pero la perspectiva puramente nacional de los Estados latinoamericanos desvirtúa bastante el logro de lo que sería mejor para el desarrollo de la región. Por todo esto, el reciente auge de los nacionalismos en buena parte del planeta no debe interpretarse del mismo modo en América Latina puesto que, desde hace tiempo, esta región vive bajo el imperio de lo nacional.

Quienes pronosticaron, con razón, un “cambio de ciclo” tras el periodo de los denominados populismos de izquierda y “bolivarianos” que se asentaron en Latinoamérica a principios del siglo XXI no desconocían que sería difícil erradicar la óptica de lo nacional de la política exterior de los Estados y que los nacionalismos y populismos tan sólo cambian de signo político pero que poco afectan los cambios que se producen a la honda percepción de lo nacional. En la actualidad, queda poco espacio para gobiernos “moderados” dispuestos a sacrificar las competencias nacionales en favor de una integración económica y política que sería extremadamente beneficiosa y que traería aparejada componentes de índole social. La revitalización de los actuales esquemas de integración no parece que sea posible, aunque la realidad latinoamericana

es tan imprevisible que a lo mejor nos equivocamos en esta predicción. El populismo de izquierdas está en horas bajas y el populismo de derechas en horas altas cuando hace tan sólo unos pocos años era al revés. Pero esto que tiene su importancia en el devenir de América Latina poco cambia la situación de la integración en la región. Es posible que el actual “nacionalismo más extremo” y en la deriva de la derecha exprese con menor nitidez la voluntad integradora en el terreno de la retórica, como lo hacía el nacionalismo de izquierda, pero los resultados serán muy parecidos en uno y otro caso. En definitiva, la situación política de los Estados latinoamericanos es la que sigue condicionando los avances en la integración. Se dirá que esto sucede en todas las regiones del planeta, pero, en este caso, seguramente las consecuencias son más acusadas.

Nuestro pronóstico es que, durante algún tiempo todavía, no se van a producir cambios sustanciales en la panoplia de esquemas de integración que habitan en la región. Eso sí, se puede ir certificando el acta de defunción de algunos de ellos, como es el caso de ALBA, al menos en su formulación inicial una vez que Venezuela y Cuba, principales promotores del acuerdo no disponen, por ahora, de las herramientas para proyectarlo en la escena internacional ni tampoco en la región. En el caso de UNASUR no existen previsiones favorables a corto plazo, pero todo quedará en manos, en buena parte, de las decisiones que adopte la política exterior brasileña. El estado de suspensión en el que se encuentra este esquema de integración parece que se prolongará durante algún tiempo que, precisamente, se debería aprovechar para redefinir la iniciativa y rescatar los elementos que resultan más interesantes como la integración física y en materia de seguridad regional. En términos político, sin embargo, UNASUR precisa de una reflexión más profunda y más decisiva pero, sobre todo, es necesario identificar aquellos ámbitos en los que se pudieran plasmar acuerdos. Quien quizá tiene mayores posibilidades de avanzar en la integración sigue siendo la Alianza del Pacífico, aunque se debe comprobar la nueva política de México en esta área. La apuesta por lo económico continúa inspirando este esquema y paulatinamente se debería profundizar en esta dirección. Los riesgos son los mismos de siempre: las situaciones de inestabilidad política que pudieran surgir, esperemos que no, en algunos de los Estados que participan en la Alianza. No estaría mal proceder, en este caso, a la ampliación con cautela pensando en Estados como Ecuador o Costa Rica. Ahora bien, lo regional está

en crisis en América Latina, aunque no se debe descartar que “renazca” el interés por las asociaciones regionales, en lo económico y en lo político, que podrían contribuir al desarrollo de este espacio.

En todos estos casos, sigue primando el pensamiento nacional y no se advierten cesiones de ningún tipo. Ni tan siquiera la Alianza del Pacífico expresa con toda nitidez la voluntad de prescindir de competencias nacionales y, menos aún, se puede hablar de cesión de soberanía. La responsabilidad de los escasos avances en la integración regional no es sólo de la política de un Estado, como podría ser Brasil, sino que también contribuyen el resto de los Estados y las políticas que llevan a cabo. Resulta, ciertamente, difícil quebrar la decidida voluntad de los nacionalismos latinoamericanos de no apartarse de sus posiciones y, por ello, las eventuales alianzas de los “nuevos” nacionalismos de derecha con el fin de establecer otros marcos de cooperación o integración poco aportaría como poco hicieron las iniciativas de los nacionalismos de izquierda en el primer decenio del siglo XXI. Lo peor es que los nacionalismos producen una sensación de fracaso en la integración que entorpece y disminuye la motivación de aquellos que se empeñan en avanzar en la cohesión de la región latinoamericana.

No se puede decir, tampoco, que la integración subregional viva sus mejores momentos. La parálisis de la Comunidad andina y el estancamiento de MERCOSUR, SICA Y CARICOM no permiten confiar demasiado en que se rompa la lógica de lo nacional. Aunque, al menos, en estos casos, parece más probable que avance una “integración silenciosa” en la que los componentes políticos estén más ensombrecidos. La mejor prueba de si se producirán logros dependerá, como siempre, del devenir de MERCOSUR y de la capacidad de entendimiento de los Estados Miembros. La menor influencia de los nacionalismos en estos casos no significa que desaparezcan los efectos que estos producen también en lo subregional. Por ello, ahora es el momento de intensificar la cooperación en este ámbito y demostrar que todavía está indemne, en esencia, la voluntad integradora. Puesto que los nacionalismos tienen más dificultades para penetrar en este tipo de acuerdos de integración, resultaría desolador que finalmente también se impregnase la integración subregional de los efectos de los nacionalismos. En tiempos de tanta incertidumbre no es descabellado apostar por esta

integración en espera de que se despeje el panorama político de América Latina y se pueda avanzar en la integración regional y no digamos en la hemisférica.

Integración y nación no tienen por qué ser realidades incompatibles, pero no parece posible que coincidan cuando se adoptan únicamente perspectivas nacionales que no estén dispuestas a compartir el destino de los Estados. América Latina tiene, como otras regiones del planeta, la oportunidad de superar cualquier contradicción que se produzca en estos casos. Ahora, sin embargo, corresponde esperar con la confianza de que la fiebre de los nacionalismos remita y que vuelvan a abrirse las puertas de la integración que traería bienestar a los pueblos de toda América. Los peores momentos son también las mejores ocasiones.